

Margalit Fox

ARTHUR CONAN DOYLE, INVESTIGADOR PRIVADO

Cómo el creador de Sherlock Holmes
liberó a un inocente acusado
de un crimen pavoroso



MARGALIT FOX
ARTHUR CONAN DOYLE,
INVESTIGADOR PRIVADO

La historia real de un
sensacional asesinato británico,
una cruzada por la justicia
y el escritor policiaco más famoso del mundo

Traducción de Francisco García Lorenzana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Conan Doyle for the Defense. The True Story of a Sensational British Murder, a Quest for Justice, and the World's Most Famous Detective Writer*

1.ª edición: noviembre de 2020

© 2018 by Margalit Fox. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Francisco García Lorenzana, 2020
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-879-5
Depósito legal: B. 14.930-2020
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos	13
Nota de la autora	15
Introducción	17
Prólogo: Prisionero 2988	25
Primera parte: Diamantes	
1. Una pisada en la escalera	31
2. El misterioso señor Anderson	47
3. El caballero errante	60
4. El hombre con la gorra Donegal	75
Segunda parte: Sangre	
5. Rastros	85
6. El Sherlock Holmes original	93
7. El arte de razonar hacia atrás	100
8. Un caso de identidad	106
Tercera parte: Granito	
9. La trampilla	125
10. «Hasta que esté muerto»	138
11. El mar frío y cruel	146
12. Arthur Conan Doyle, detective asesor	156
13. El extraño caso de George Edalji	166
14. Prisionero 1992	173
Cuarta parte: Papel	
15. «Usted conoce mi método»	183

16. La ruina de John Thomson Trench	201
17. Caníbales incluidos	214
18. El broche robado	225
19. Las puertas de Peterhead	233
20. Más luz, más justicia	238
21. El caballero y el truhan	248
Epílogo: Qué fue de ellos	255
Lista de personajes	259

Apéndices

Bibliografía	265
Notas	271
Índice onomástico	299

[Ilustraciones] *[128-129; 192-193; 256-257]*

A principios del siglo xx vivía en Glasgow una anciana que no caía bien a casi nadie. Su nombre era Marion Gilchrist y el 21 de diciembre de 1908, que iba a ser el último día de su vida, Miss Gilchrist —una mujer estirada, imponente y devota que gozaba de una salud de hierro y de unos ancestros impecables— estaba a pocas semanas de cumplir ochenta y tres años.

La ciudad en la que vivía era un lugar grande e imponente, con adoquines, hollín y humedad. La industrialización había urbanizado Glasgow, como había ocurrido con gran parte del mundo occidental. Las ciudades y sus cielos negros por el carbón se extendían hacia los campos del extrarradio; aparecían suburbios a los que podían volver los hombres de una clase media sólida después de un día en la oficina; y los hombres y las mujeres del campo, menos preparados que estos nuevos suburbanitas, acudían en masa a las ciudades en busca de trabajo. En 1900, Glasgow contaba con más de tres cuartos de millón de habitantes¹ y era, después de Londres, la segunda ciudad más poblada de Gran Bretaña.²

A finales del siglo xix, a medida que las ciudades británicas se llenaban de nuevos habitantes, subía la tasa de crímenes y los residentes que llevaban más tiempo establecidos se vieron afligidos por una ansiedad nueva, urbana y claramente moderna. Para las clases medias y altas se centró principalmente en la protección de la propiedad, en gran parte frente a los ciudadanos que no eran miembros de la burguesía. Esto incluía a la clase obrera, los pobres, los nuevos inmigrantes y los judíos,

los cuales eran vistos cada vez más como agentes de un contagio social, una amenaza que necesitaba contención.

Los periódicos y las revistas de la época recogían esta ansiedad en un lenguaje que se convertía en gran medida en metáforas de invasión. En la primavera de 1909, tras la condena de Slater por el asesinato de Miss Gilchrist, muchas publicaciones describieron de esta forma su llegada a suelo británico, comparándolo con un vampiro, un término peyorativo que se aplicaba a los judíos.

«Ahora ha llegado alguien de origen extranjero», afirmaba dicho año el *Bailie*, una respetable revista de Glasgow. «Gran Bretaña [...] abre sus brazos a la escoria extranjera [...] canallas parecidos a topos merodean por la comunidad.»³ En el *Edinburgh Evening News* se dijo que el juicio de Slater «ha lanzado una luz espeluznante sobre los lugares oscuros de nuestras grandes ciudades, en los que esos desgraciados desarrollan su labor. Saca a la luz una camada de vampiros extranjeros, sin conciencia, que merodean por las profundidades más oscuras y por los cimientos de la sociedad civilizada».⁴

Incluso para lo que era normal en una época de grandes temores, Marion Gilchrist era una mujer especialmente atemorizada. Había nacido en Glasgow el 18 de enero de 1826, hija de James Gilchrist, un próspero ingeniero.⁵ Años después, tras la muerte de su madre, Miss Gilchrist, que no llegó a casarse, siguió en su hogar para cuidar de su padre. Antes de morir, parece que lo convenció para que le legase la mayor parte de su patrimonio; como consecuencia, era mucho más rica que sus otros hermanos.

Miss Gilchrist tenía un montón de sobrinos y sobrinas, aunque no parece que se preocupase demasiado por ellos, ni ellos por ella. «Miss Gilchrist no mantenía buenas relaciones con sus familiares», explicó su sobrina Margaret Birrell, que vivía cerca, a la policía después del asesinato. «Ninguno la visitaba.»⁶

Entre las pocas personas con las que Miss Gilchrist mantenía una relación cálida se encontraba su antigua doncella, Mag-

gie Galbraith Ferguson, y la hija de esta, Marion Gilchrist Ferguson, llamada así por la antigua patrona de su madre. El 20 de noviembre de 1908, un mes antes de morir, Miss Gilchrist cambió su testamento.⁷ La versión anterior,⁸ que se había redactado seis meses antes, dividía su patrimonio —valorado en más de 15.000 libras esterlinas* y que incluía joyas, pinturas, muebles, objetos de plata y considerables reservas de dinero—⁹ entre varias sobrinas y sobrinos. El nuevo testamento dejaba la totalidad del patrimonio a Maggie y Marion Ferguson.

Durante los treinta años anteriores a su muerte, Miss Gilchrist vivió una exquisita existencia solitaria en un gran piso en el número 49 de West Princes Street, una amplia avenida que atraviesa la zona norte-central de Glasgow del noroeste al sudeste. Flanqueada por casas victorianas alineadas y hogar mayoritariamente de profesionales de clase media y media-alta, su vecindario era a principios del siglo xx un oasis tranquilo y elegante. Tras su asesinato, como para resaltar lo exquisitamente inapropiada que era Miss Gilchrist como víctima, las informaciones periodísticas se centraron en describir la elegancia de esa parte de la ciudad.

Miss Gilchrist vivía sola a excepción de su doncella, una joven escocesa de veintiún años llamada Helen Lambie. «Una muchacha amable, alegre, superficial y alocada»,¹⁰ según se la describió, Lambie, conocida como Nellie, llevaba tres años trabajando para Miss Gilchrist. Según todas las noticias, las dos mujeres se llevaban bien, pero resulta sorprendente que una patrona anterior, Agnes Guthrie, la describiese como «una empleada doméstica muy buena, pero muy analfabeta, de mentalidad bastante baja, muy astuta y de un comportamiento no demasiado fiable».¹¹ Durante las dos décadas que siguieron al asesinato de Miss Gilchrist, el comportamiento de Lambie sugirió que sabía más del crimen de lo que estaba dispuesta a

* Equivalente a unos 1,3 millones de libras o 2 millones de dólares, en moneda actual. (*N. de la A.*)

confesar, incluyendo, probablemente, la identidad del verdadero asesino.

El tramo sudoriental de la West Princes Street, donde se encontraba la casa de Miss Gilchrist, también recibía el nombre de Queen's Terrace, y su dirección a veces aparecía como Queen's Terrace 15. Su edificio era una hermosa estructura de tres viviendas construida alrededor de 1850; su piso ocupaba toda la primera planta. El piso del bajo (el «*maindoor house*»,¹² en la jerga escocesa de la época) estaba ocupado por una familia de músicos llamada Adams: la madre, su hijo adulto, Arthur, y una bandada de hijas adultas. El piso tenía su propia puerta de entrada desde la calle, Queen's Terrace 14, que estaba al lado de la puerta de Miss Gilchrist. El tercer piso, directamente encima del de Miss Gilchrist, estaba vacío en el invierno de 1908.

Para llegar al piso de Miss Gilchrist, un visitante debía subir unos pocos escalones desde la acera, atravesar la puerta de entrada del número 15 y entrar en el vestíbulo y la escalera principal, conocida en Escocia como «*close*». Dentro del vestíbulo, se subía por la escalera para llegar a los pisos superiores, superado el primer tramo de escalones se llegaba al primer descansillo, donde se encontraba la puerta de entrada de Miss Gilchrist. La puerta se abría a un gran recibidor. A la izquierda, con sus ventanas con vistas a West Princes Street, estaba el comedor, decorado, como el resto del piso, con pesados muebles victorianos y pinturas con marcos lujosos. A la derecha se encontraba el salón principal; en la parte de atrás estaban la cocina, la sala de estar, dos dormitorios y un baño. Miss Gilchrist dormía en el más pequeño de los dos dormitorios, y usaba el más grande como una combinación de habitación de invitados y vestidor. Fue en esta habitación de invitados donde se desarrolló la parte más importante del drama del caso Slater, porque era allí donde Miss Gilchrist guardaba la mayor parte de sus joyas.

Para una mujer de su época y clase, Miss Gilchrist vivía de una manera poco ostentosa excepto por un gran lujo: las joyas. A lo largo de los años acumuló una gran colección,¹³ que in-

cluía anillos con diamantes, esmeraldas y rubíes; brazaletes de oro, plata, perlas y turquesas; collares de perlas y diamantes; pendientes de diamantes, y otras muchas piezas. Parece que sentía un aprecio especial por los broches y su colección contenía una muestra de ellos: broches con perlas, ónice, granates, rubíes y topacios; un trío de broches de diamantes en forma de estrella; y, por desgracia para Slater, un broche de diamantes en forma de luna creciente. A su muerte, la colección, compuesta por casi un centenar de piezas, fue valorada en unas 3.000 libras.^{14*}

«Era raro que luciese más de una joya de su colección», escribió Conan Doyle en 1912.¹⁵ «De sus posesiones obtenía una alegría temerosa, porque expresó más de una vez su aprensión a que la atacasen y robasen.» Para evitar los robos, Miss Gilchrist escondía sus joyas en lugares curiosos: en lugar de utilizar la caja fuerte de la sala de estar,¹⁶ prefería el guardarropa de la habitación de invitados, donde las metía entre capas de ropa o en «un bolsillo desprendible con un cordel en él», como escribió el periodista británico Peter Hunt en su libro de 1951 sobre el caso.¹⁷ Prendió otras piezas detrás de las cortinas y deslizó algunas más en los bolsillos de los vestidos.¹⁸

También convirtió el piso en una fortaleza. «Contra [...] intrusiones indeseadas, Miss Gilchrist había ideado muchas precauciones extraordinarias», escribió Hunt.¹⁹

Las ventanas traseras siempre estaban cerradas. No había menos de tres cerraduras en la puerta principal; una cerradura común, una de seguridad y una Chubb. Además, había un pestillo y una cadena. Cuando estaba totalmente cerrada, la puerta era prácticamente a prueba de ladrones.

Cualquiera que visitase el número 15 debía tocar una campana en la calle, ante la puerta cerrada. En el recibidor del piso de Miss Gilchrist había una palanca que abría el cierre de la puerta de entrada. De esta manera Miss Gilchrist, al oír la cam-

* En la actualidad, más de 250.000 libras, o cerca de 400.000 dólares [340.000 euros]. (*N. de la A.*)

pana, podía abrir la puerta de entrada desde el interior de su piso, abrir la puerta del piso y ver quién subía por las escaleras. Si el visitante tenía una apariencia siniestra, tenía tiempo suficiente, si lo deseaba, para volver al interior del piso y cerrarle la puerta. Existen pruebas que demuestran que, cuando estaba sola, no recibía a nadie con quien no hubiera acordado previamente una señal.²⁰

Miss Gilchrist acordó otra señal con sus vecinos del piso inferior, los Adams. Si tenía algún problema y necesitaba ayuda, les dijo, daría tres golpes en el suelo.²¹ A última hora de la tarde del 21 de diciembre de 1908, los Adams oyeron por primera y única vez esos golpes.

En el otoño de 1908, Oscar Slater —jugador, Beau Brummell* y viajero despreocupado— llegó a Glasgow. Había vivido allí por lo menos dos veces antes, en los primeros años del siglo xx; desde que abandonó Alemania en su juventud también había vivido en Nueva York, Londres, París y Bruselas.²² En 1901, durante su primera estancia documentada en Glasgow, se casó con una lugareña,²³ Mary Curtis Pryor, una alcohólica que lo persiguió constantemente para conseguir dinero.^{24**} Separado poco después, Slater siguió viajando y viviendo bajo una serie de seudónimos para evitar los esfuerzos de Mary por encontrarlo. Se sabía que había vivido brevemente en Glasgow en 1905 antes de partir una vez más.²⁵

Slater llegó a Glasgow para lo que parecía su tercera estancia el 29 de octubre de 1908.²⁶ Unos días después se le unió su amante, Andrée Junio Antoine (conocida profesionalmente como Madame Junio²⁷ y familiarmente como Antoine), y su doncella, Catherine Schmalz. Pasó las semanas siguientes instalándose y, de manera inconsciente, forjando los primeros es-

* George Bryan Brummell (1778-1840), árbitro de la elegancia y la moda durante el periodo de la Regencia, y ejemplo vivo del dandi de la época. (*N. del T.*)

** En la documentación de los archivos a veces aparece como Marie o May Pryor. (*N. de la A.*)

labones de la cadena de pruebas circunstanciales que muy pronto lo iban a atrapar. Bajo el seudónimo de Anderson alquiló un piso en el número 69 de St. George's Road, una calle que va de norte a sur en el centro de Glasgow y que cruza West Prince Street; el edificio se encontraba a poco más de cinco minutos a pie desde la casa de Miss Gilchrist. Resultó que este fue el primer eslabón de la cadena.

El 10 de noviembre, Slater acudió a una ferretería donde compró un conjunto de herramientas baratas para acondicionar su piso nuevo.²⁸ Estas herramientas —en especial el martillo pequeño que iba en el conjunto— se convirtieron en el segundo eslabón de la cadena. A principios de diciembre, como necesitaba que le arreglasen el reloj, lo envió por correo a Dent's, un relojero de Londres. Esto proporcionó el tercer eslabón.

Por entonces, Slater ya había visitado una tienda de empeños de Glasgow, donde, a cambio de un préstamo inicial de 20 libras,²⁹ dejó un broche de diamantes con forma de luna creciente. Este fue el cuarto eslabón y el más dañino de todos.

Ese otoño habían empezado a ocurrir cosas extrañas en y alrededor de la casa de Miss Gilchrist. En septiembre de 1908, su terrier irlandés cayó enfermo y murió.³⁰ Helen Lambie pensaba que había comido algo venenoso accidentalmente; la anciana creía que se trataba de algo mucho más deliberado. Entonces, durante las primeras tres semanas de diciembre, como explicarían más tarde más de una docena de residentes, se vio a un hombre merodeando por West Princes Street.³¹ Parecía que vigilaba la casa de Miss Gilchrist.

«El “mirón” fue visto a horas diferentes y vestido de forma diversa», escribió Peter Hunt.³² (Según la descripción de algunos testigos, su atuendo incluía pantalones a cuadros, polainas de vestir y botas marrones.) «Por lo demás hubo cierta confusión sobre su apariencia. Uno decía que llevaba bigote; otro decía que no lo llevaba; uno dijo que no hablaba como si fuera extranjero; otros dijeron que tenía aspecto de extranjero.»

A mediados de diciembre, alrededor de una semana antes del asesinato de Miss Gilchrist, una Helen Lambie agitada le hizo una visita sorpresa a su antigua patrona, Agnes Guthrie. Como recordó más tarde Guthrie, Lambie tenía mucho que explicar sobre los acontecimientos recientes en casa de Gilchrist. «Me informó de que había vivido algunas experiencias remarcables en casa de Miss Gilchrist», explicó Guthrie.³³ «Me habló largo y tendido de sus peculiaridades. Miss Gilchrist poseía muchas joyas y tenía una manera muy poco habitual de esconderlas en la casa, bajo las alfombras, etc., y le había dicho que estaba segura de que vendría un hombre a asesinarla y de que habían envenenado al perro.»

Lo más sorprendente, cosa que Lambie insinuó en una conversación posterior con Guthrie³⁴ —y confirmó categóricamente³⁵ a la sobrina de Miss Gilchrist, Margaret Birrell, justo después del asesinato—, era esto: Miss Gilchrist no temía a un extraño cualquiera, sino a una o más personas que conocía muy bien.

La tarde del lunes 21 de diciembre de 1908, Miss Gilchrist abandonó su piso para ir a pagar unas facturas, y volvió hacia las cuatro y media para tomar el té.³⁶ Esa noche —un atardecer lluvioso—³⁷ a las siete menos cinco, una de las hermanas Adams, Rowena Adams Liddell, regresaba a pie con su madre a Queen's Terrace. Al aproximarse a la puerta de entrada, vio al «mirón» observando la parte alta del edificio. Como testificó más tarde para la acusación en el juicio contra Slater:

Antes de llegar a la puerta de la casa vi una forma oscura apoyada en la barandilla, justo bajo la ventana del comedor de mi madre [...]. Me lo quedé mirando —casi con una mirada impertinente— y le vi toda la cara, excepto los ojos. Tenía una nariz larga, con una caída bastante peculiar desde aquí [señalando el puente de la nariz]. Era una entre miles. Tenía una tez muy clara; ni cetrina ni blanca, sino algo parecido al marfil. Su pelo era muy moreno, iba bien afeitado y tenía muy ancha esta parte de la cabeza [señala las

mejillas o la sien]. Vestía un cuello bajo. Su gorra era muy corriente, creo que de un tweed marronoso. Su aspecto era muy respetable [...]. Después de pasar junto a él, miré por encima del hombro y él se alejó de la barandilla y desapareció.³⁸

Uno o dos minutos antes de las siete,³⁹ Helen Lambie salió de casa de su patrona para comprar el periódico vespertino de Miss Gilchrist. Una vez que regresase con él, pensaba volver a salir para hacer la compra. Miss Gilchrist, que estaba sentada junto a la chimenea del comedor leyendo una revista, le dio a Lambie un penique para el periódico⁴⁰ y medio soberano para el resto de las compras.* La doncella tomó el penique pero dejó el medio soberano en la mesa del comedor, y se fue.

«Lambie se llevó las llaves, cerró la puerta del piso, cerró la puerta del recibidor al pie de las escaleras y tardó unos diez minutos en hacer los recados», escribió Conan Doyle.⁴¹ «Los acontecimientos que se produjeron durante esos diez minutos constituyen la tragedia y el misterio que muy pronto captaría la atención del público.»

Justo debajo del piso de Miss Gilchrist, Arthur Montague Adams, un flautista y comerciante de instrumentos musicales de cuarenta años,⁴² estaba sentado envolviendo un regalo navideño. A las siete en punto, Adams, su hermana Rowena y otra hermana, Laura, oyeron un fuerte batacazo procedente de arriba. Le siguieron tres golpes más.

Para llegar al piso de Miss Gilchrist, Adams tuvo que salir de su propia casa en el 14 de Queen's Terrace y tocar el timbre de la puerta cerrada del número 15. De pie en el exterior, se sorprendió al ver abierta la puerta del recibidor inferior. Subió las escaleras hasta el rellano de Miss Gilchrist y tiró de la cuerda de la campanilla de su puerta de entrada. «Toqué con fuerza, con insistencia», declaró más tarde Adams.⁴³ No hubo respuesta. Aguzó el oído tratando de detectar algún sonido proveniente del interior, y oyó algo parecido a madera astillán-

* Medio soberano equivale a media libra. Su valor en 1908 es equivalente a unas 55 libras o 70 dólares actuales [60 euros]. (*N. de la A.*)

dose;⁴⁴ asumió, según él, que era Lambie «partiendo madera en la cocina» para hacer leña. Al no oír nada más, regresó a su piso y les dijo a sus hermanas que todo parecía estar bien.

Las hermanas, mientras tanto, habían oído ruidos tan violentos que pensaron que el techo «se iba a agrietar».⁴⁵ Más alarmadas que antes, enviaron a Adams de regreso escaleras arriba. En el rellano, volvió a tirar de la campanilla. Tenía la mano en la cuerda de la campanilla para llamar de nuevo cuando, hacia las siete y diez, vio que Lambie subía las escaleras con el periódico. Se sorprendió al verla, porque se había imaginado que llevaba todo ese tiempo en la cocina de Miss Gilchrist.

Al subir las escaleras, dijo más tarde Lambie, observó unas pisadas,⁴⁶ húmedas por la lluvia, en los dos primeros escalones; estaba segura de que no estaban allí cuando salió. Al llegar al rellano también se sorprendió de ver a Adams: «Nunca había visitado la casa», declaró, «y me asombró verlo allí».⁴⁷

Mientras Lambie abría la puerta del piso de Miss Gilchrist, Adams le habló de los fuertes ruidos. No pareció preocupada. «Oh, será el tendedero»,⁴⁸ dijo, refiriéndose a que probablemente las fijaciones del tendedero, que estaba en la cocina, se habían caído. Adams le dijo que se quedaría allí, solo por si acaso, y permaneció en el umbral de la puerta.

Tras abrir la puerta, recordó más tarde Adams, Lambie entró directamente en el recibidor de Miss Gilchrist. (La memoria de Lambie difiere: en su relato, permaneció en el umbral de la puerta.)⁴⁹ Desde donde estaba, Lambie vio a un hombre bien vestido que se dirigía hacia ella⁵⁰ procedente de la habitación de invitados de Miss Gilchrist; la luz de gas en esa habitación, que estaba apagada cuando dejó el piso, ahora estaba encendida.⁵¹ El hombre abandonó el piso, pasó tan campante junto a Lambie y Adams y bajó las escaleras. Como explicaron más tarde a la policía tanto Lambie como Adams, en su ropa no se veía ningún rastro de sangre.⁵²

«No sospeché nada durante un minuto»,⁵³ testificó Adams más tarde. «Vi cómo el hombre caminaba fríamente hasta llegar a mi altura y entonces bajó con rapidez, como un rayo, y eso levantó mis sospechas.» Lambie, mientras tanto, se fue directa-

mente a la cocina, comprobó el tendedero y le gritó a Adams que estaba bien. Entonces se fue hasta la habitación de invitados.

«¿Dónde está su patrona?»,⁵⁴ le gritó Adams. Lambie entró en el comedor. «¡Oh, venga aquí!», chilló.

«El espectáculo en cuestión era la pobre y anciana dama tendida en el suelo cerca de la silla en la que la sirvienta la había visto por última vez»,⁵⁵ escribió Conan Doyle. «Sus pies apuntaban hacia la puerta, su cabeza hacia la chimenea. Estaba tendida sobre la alfombrilla de la chimenea, y le habían cubierto la cabeza con una alfombra de piel. Sus heridas eran terribles, le habían aplastado casi todos los huesos de la cara y del cráneo. A pesar de su lamentable estado resistió unos pocos minutos, pero finalmente murió sin haber recuperado la conciencia.» Miss Gilchrist había sido golpeada de manera tan salvaje que las fotografías de la autopsia muestran una cara que no parece humana.⁵⁶

Adams bajó corriendo las escaleras y salió por la puerta del recibidor inferior.⁵⁷ Vio a algunas personas al final de West Princes Street y corrió hacia ellas, pero no pudo localizar al intruso. Pronto se le unieron en la calle Lambie y sus hermanas. Adams fue corriendo a buscar un policía y un médico; Lambie corrió unas calles hacia el oeste, hasta la casa de la sobrina de Miss Gilchrist, Margaret Birrell. Lo que Lambie le explicó esa noche —junto con el desacuerdo posterior de las dos mujeres sobre la conversación— marcaría el caso durante mucho tiempo.

Lambie regresó más tarde al piso de Miss Gilchrist. Para entonces Adams ya estaba de vuelta con un médico (casualmente también llamado Adams) y un agente de policía. Tras examinar el cuerpo de Miss Gilchrist, el doctor John Adams inspeccionó el comedor,⁵⁸ que estaba cubierto de sangre. Buscando un arma, se fijó en una pesada silla del comedor cuya pata trasera izquierda estaba bañada en sangre. Las patas en forma de huso de la silla, según observó, parecía que se correspondían con una serie de extrañas heridas en el cuerpo de Miss

Gilchrist. «El doctor Adams concluyó que dicho ataque se cometió con una serie de fuertes golpes con la silla», escribió Hunt. «Si el asesino estaba de pie y sobre el cuerpo de su víctima, podría haber usado una fuerza considerable pero descontrolada. Esto explicaría tanto la amplia zona de las heridas como la ausencia de sangre en el asesino, porque habría quedado protegido en cierta medida por el asiento de la silla, interpuesto entre el cuerpo y él.»

A lo largo de la tarde, varios detectives de la policía de Glasgow se presentaron en el escenario. Por su papel en la investigación del caso contra Slater, cabe destacar al detective inspector John Pyper, que llegó a las ocho menos cinco,⁵⁹ y un oficial superior, John Ord, superintendente del Departamento de Investigación Criminal de la policía de Glasgow, que llegó más tarde durante la noche.⁶⁰

Pyper interpretó la escena del crimen. Las gafas para leer de Miss Gilchrist y la revista estaban sobre la mesa del comedor. El medio soberano se encontraba en la alfombrilla junto a su mano.⁶¹ No se encontró sangre fuera del comedor. No había señales de lucha en el recibidor,⁶² y la puerta del piso no había sido forzada. En la habitación de invitados, habían descerrajado un costurero de madera, del tipo que las mujeres victorianas usaban para guardar los materiales de costura. Su contenido —papeles— estaba tirado por el suelo. El asesino, que evidentemente había encendido la luz de gas en la habitación, había olvidado llevarse las cerillas. La caja de cerillas (que irónicamente llevaban el muy adecuado nombre de Runaway)^{63*} no era de la marca que se usaba en la casa. En el tocador de la habitación de invitados había una bandejita con numerosas piezas de joyería, de las pocas que Miss Gilchrist dejaba a la vista. Si bien la mayoría de ellas, incluido un reloj y algunos anillos, seguían en su sitio, Lambie le dijo a Pyper que faltaba un broche de diamantes en forma de luna creciente, valorado en 50 libras esterlinas.**

* Fugitivo. (*N. del T.*)

** Unas 4.000 libras, o 6.000 dólares, actuales [5.100 euros]. (*N. de la A.*)

Pyper interrogó a Adams y Lambie sobre el hombre que vieron abandonar el piso. Adams, que era miope⁶⁴ y no llevaba las gafas, solo lo pudo describir a grandes rasgos como «bien parecido y afeitado»,⁶⁵ con «pantalones oscuros y un abrigo ligero». Lambie dijo que no había visto la cara del intruso y no sería capaz de identificarlo. Aseguró que llevaba un abrigo gris tres cuartos⁶⁶ desgastado y un sombrero redondo de tela.

A las diez menos veinte de la noche,⁶⁷ el departamento de policía de Glasgow emitió el primer boletín interno sobre el crimen:

Una anciana ha sido asesinada en su casa en el 15 de Queen's Terrace entre las 19 y las 19.10 del día de hoy por un hombre de 25 a 30 años, 1,73 o 1,77 de altura, posiblemente bien afeitado. Viste un abrigo gris largo y una gorra oscura.

Parece que el robo ha sido la causa del asesinato, porque en un dormitorio han abierto una serie de cajas y las han dejado tiradas en el suelo: ha desaparecido, y probablemente esté en poder del asesino, un broche de oro de gran tamaño en forma de luna creciente adornado con diamantes, grandes en el centro y de menor tamaño hacia las puntas. Los diamantes están engarzados en plata. No hay ningún rastro del asesino. Los agentes alertarán a los taquilleros de las estaciones de ferrocarril, pues el asesino debe tener manchas de sangre en la ropa. Cuando abran, también facilitarán a las tiendas de empeño una descripción del broche y mantendrán una atenta vigilancia.⁶⁸

En los dos días siguientes no se obtuvo ninguna pista. Durante este tiempo, Oscar Slater, aparentemente ajeno al crimen, se preparaba para abandonar la ciudad. En 1908, Glasgow,⁶⁹ una ciudad que vivía de la industria y el comercio, se encontraba sumida en una profunda depresión. Incluso para los jugadores, el momento era duro. Ese otoño, tras recibir una carta de un antiguo conocido norteamericano⁷⁰ que lo invitaba a San Francisco, Slater realizó gestiones para trasladarse allí, vía Liverpool y Nueva York.

Los días antes de embarcarse, Slater fue liquidando sus asuntos en Glasgow. Encontró un inquilino que ocupase su piso en St. George's Road. Visitó a su barbero para recoger sus útiles de afeitado —en esa época mucho menos higiénica, muchos hombres tenían su propia cuchilla de afeitar en el barbero— y le contó al barbero sus planes de viaje.⁷¹ Envío un giró de cinco libras a sus padres en Alemania como regalo de Navidad. A fin de conseguir dinero para el viaje, intentó liquidar algunas de sus pertenencias, incluido el recibo de empeño de su broche de diamantes en forma de luna creciente.

El miércoles 23 de diciembre,⁷² ocurrieron dos cosas que afectarían al caso durante años. La primera fue que se incorporó a la investigación un detective de la policía de Glasgow llamado John Thomson Trench. Era un agente muy respetado que solo iba a trabajar de manera tangencial en el caso Gilchrist. Pero como consecuencia de su posterior crítica de la investigación y el juicio, aparecería, en palabras de Conan Doyle, «no solo como un hombre honesto sino [...] como un héroe».⁷³

El segundo acontecimiento del 23 de diciembre tendría repercusiones durante casi dos décadas. Ese día, una mujer, Barbara Barrowman,⁷⁴ le contó a la policía que su hija de catorce años, Mary, había visto a un hombre huyendo del edificio de Miss Gilchrist la tarde del asesinato.

Mary Barrowman era recadera de un zapatero en Great Western Road, una gran avenida que estaba una manzana al norte de West Princes Street. Animada por su madre⁷⁵ para que declarase, les dijo a los detectives que poco después de las siete de la tarde del 21 de diciembre, mientras iba por West Princes Street haciendo un recado para su patrón, vio a un hombre salir corriendo de la puerta de entrada del edificio de Miss Gilchrist.

Miró hacia St. George's Road e inmediatamente giró hacia el oeste. Me pregunté qué estaría ocurriendo y me di la vuelta y lo miré, siguiéndolo durante unos metros, y vi que giraba hacia West Cumberland Street, sin dejar de correr.

Fui a entregar mi mensaje y regresé a la tienda por Woodlands Road, y tras abandonar nuestra tienda a las ocho de la tarde fui a la tienda de mi hermano en el 480 de St. Vincent Street, y mientras iba hacia allí volví a pasar por West Princes Street y vi una multitud frente al n.º 49 y me enteré del asesinato, y entonces pensé en el hombre que había visto salir corriendo del edificio. Era un hombre de unos 28 o 30 años, alto y de constitución delgada, sin barba, rasgos largos, la nariz ligeramente torcida hacia la derecha, vestido con un abrigo beige como si fuera un impermeable, pantalones oscuros, botas marrones y un sombrero de tweed, de aspecto respetable.*

No vi a nadie más cerca o alrededor de la puerta de entrada, pero creo que podría reconocer al hombre si lo viera, aunque no puedo decir que lo hubiera visto antes.⁷⁶

La descripción de Barrowman difería notablemente de la que figuraba en el boletín de la policía. Donde Lambie había descrito a un hombre con un abrigo gris y un sombrero de tela redondo, Barrowman hablaba de un impermeable de color beige y un sombrero de tweed del tipo que, según declaró más tarde, se conocía como gorra Donegal.⁷⁷ Como consecuencia, la policía llegó entonces a la conclusión de que había dos hombres implicados. El día de Navidad de 1908, publicaron un segundo boletín interno:⁷⁸

Policía de la ciudad de Glasgow ASESINATO

Sobre las 19 horas del lunes 21 de diciembre del corriente, una anciana llamada Marion Gilchrist fue brutalmente asesinada en su casa en el 15 de Queen's Terrace, West Princes Street, donde vivía, siendo la única otra ocupante una criada que, alrededor de la hora mencionada, abandonó la casa para comprar un periódico.

* Slater tenía en aquel momento treinta y seis años, y era fornido, de mediana estatura, con un bigote corto y una nariz convexa, o romana. (*N. de la A.*)

co vespertino, y a su regreso, menos de quince minutos después, descubrió que su señora había sido brutalmente asesinada en la habitación en la que la había dejado.

Al regresar con el periódico, la criada se encontró con el hombre de la primera descripción que abandonaba el piso, y casi al mismo tiempo otro hombre, de la segunda descripción, fue visto descendiendo los escalones que conducen a la casa y alejarse corriendo.

Descripciones

(Primero) Un hombre de veinticinco a treinta años de edad, entre 1,73 y 1,77 de altura, posiblemente bien afeitado; lleva un abrigo largo de color gris y una gorra oscura.

(Segundo) Un hombre de veintiocho a treinta años de edad, alto y delgado, bien afeitado, nariz ligeramente torcida hacia un lado (posiblemente el lado derecho); viste un abrigo beige (se cree que puede ser un impermeable), pantalones oscuros, un sombrero de tweed casi nuevo, que podría ser de color oscuro, y botas marrones...

Ese día, el superintendente Ord⁷⁹ hizo publicar una descripción de los dos hombres buscados en los periódicos vespertinos y muy pronto Glasgow estuvo plagado de rumores.⁸⁰ «La noticia del vil crimen, ejecutado de forma tan atrevida en el corazón de la ciudad, estremeció a los habitantes de Glasgow y de Escocia en general», escribió más tarde el periodista escocés William Park. «La búsqueda del asesino y del broche de diamantes robado tuvo tan largo alcance que casi llegó a la mayor parte del mundo civilizado.»⁸¹

La tarde del 25 de diciembre de 1908,⁸² un comerciante de bicicletas de Glasgow llamado Allan McLean llamó al cuartel general de la policía. Le explicó a la policía que un hombre que conocía —extranjero y judío— había intentado vender un recibo de empeño de un broche de diamantes en forma de luna creciente. El nombre del hombre, según dijo, era Oscar.